

David profetiza sobre la realeza de Cristo

***Versículo clave: «David reinó sobre todo Israel
y administró juicio y justicia entre todo su
pueblo».***

1 Crónicas 18:14

***Pasajes bíblicos seleccionados:
2 Samuel 23:1-7; 1 Crónicas 18:14***

El reinado justo de David sobre Israel, tal como se indica en nuestro versículo clave, se centró en el hecho de que aplicó con justicia las leyes de Dios entre el pueblo. En esto se presagiaba el venidero reinado de justicia de Cristo y su novia, la iglesia. Cuando el ángel Gabriel le anunció a María el próximo nacimiento de Jesús, nos reveló esta importante verdad al decir: «... darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. ... Y el Señor Dios le dará el trono de su padre David». Lucas 1:31, 32

Poco antes de que terminara el reinado de David y él se durmiera en la muerte, habló de manera profética sobre el futuro reinado de Cristo, tal como se registra en 2 Samuel 23:1-7. En los versículos 1 y 2, David dice que fue «ungido por el Dios de Jacob», y que el «Espíritu del Señor» estaba con él, guiando sus palabras como rey sobre el pueblo elegido de Dios. Jesús, al inicio de su ministerio terrenal, hizo una declaración similar acerca de sí mismo, citando al profeta Isaías: «El espíritu del Señor está sobre mí, [...] él me ha ungido» (Lucas 4:18). Tanto en el caso de David como en el de

Jesús, contar con la unción de Dios y con su espíritu era una garantía de que ellos eran los elegidos del Padre Celestial como gobernantes de su pueblo.

David continúa diciendo que quien sea elegido para gobernar a los hombres debe ser justo y gobernar con temor, o reverencia, hacia Dios (2 Samuel 23:3). Quien se guíe así, dice, «será como la luz de la mañana, cuando sale el sol, en una mañana sin nubes» (2 Samuel 23:4). Estas son, una vez más, palabras proféticas que hablan de Cristo. Él es la «luz del mundo» (Juan 9:5). La luz representa la iluminación de la Verdad, y así será en el reino de Cristo. Él se levantará, simbólicamente hablando, como el sol para iluminar a la humanidad hacia el conocimiento de Dios y sus caminos. Este también será un tiempo sin las nubes de tormenta de las tribulaciones que hoy se encuentran por toda la tierra —como dice David, «una mañana sin nubes».

Según sus propias palabras, David sabía que su reinado «no era así con Dios» (2 Samuel 23:5). Es decir, no era una época pacífica y sin nubes. Gran parte del reinado de David transcurrió luchando contra los enemigos de Israel. Sin embargo, en el mismo versículo, reclamó la promesa del «pacto eterno de Dios, ordenado en todas las cosas y seguro; pues esta es toda mi salvación y todo mi deseo». David se refería aquí al pacto eterno con Abraham, en el que Dios prometió que, a su debido tiempo, vendría una descendencia, a través de la cual serían benditas todas las familias de la tierra (Génesis 12:3; 22:18). Aunque él era del linaje de Judá, la tribu a través de la cual se prometió la descendencia, David habló proféticamente de un día

futuro en el que la descendencia mayor de Abraham entraría en escena.

El apóstol Pablo se refirió a la simiente de la promesa del pacto de Abraham con estas palabras: «Ahora bien, las promesas fueron hechas a Abraham y a su simiente. No dice: “y a las simientes”, como si se refiriera a muchos, sino más bien a uno solo: “y a tu simiente”, es decir, a Cristo». (Gálatas 3:16). Es a través de este pacto que David, y toda la humanidad, acabarán por decir: «Esta es toda mi salvación y todo mi deseo».